

Omirp, rey a regañadientes de Modrolinpa, tenía que tomar una decisión rápida. No quería poner en peligro a sus hijos de trece y diecisiete años después de treinta y siete años de reinado.

Su padre, que peinaba canas con setenta y siete años ya, le había aconsejado bien desde que abdicó, pero poco podía hacer en este caso. Se dio cuenta mientras descendía los treinta y siete peldaños que separaban su alcoba de la majestuosa sala del trono.

El hijo de su tía Oeis, consejero del regente del reino vecino, le había hecho una propuesta para unir los reinos. En setenta y tres líneas escritas en una carta lacrada, resumía todos los beneficios y bondades de la unión de su primogénito con la princesa heredera. En la carta también expresaba que el monarca, centésimo séptimo en su linaje, iba a proporcionar una buena dote. Ciento trece monedas de oro y ciento cuarenta y nueve de plata.

El mensajero que portaba la misiva había recorrido las noventa y siete millas que separaban las capitales corriendo y tardó tres días y siete horas en recuperarse. Durante ese tiempo estuvo delirando y comentaba en sueños batallas que sólo él sabía si eran auténticas.

—...ciento cincuenta y siete días sitiados, quería huir, pero a dónde... —repetía mientras el personal que le atendía le cambiaba los pañuelos húmedos de su frente.

—¡...ciento sesenta y siete ancianos, mujeres y niños que defender...! —Gritó aquella vez que puso los ojos en blanco y tensó todo su maltrecho cuerpo.

Omirp debía ser diplomático. Sabía que una negativa podía acabar en conflicto y no quería llevar a su país a una lucha parecida a las que describía el mensajero. Necesitaba ayuda y reunió a sus consejeros. Entre todos decidieron pedir una dote mayor. Si su majestad en el reino vecino no aceptaba, sería una buena salida.

—Ciento setenta y nueve monedas de oro y ciento noventa y nueve de plata, sería lo justo para la fama de riquezas que tiene —dijo uno de sus más allegados.

—Yo añadiría trescientas once fanegas de trigo —dijo otro.

—¿No será excesivo? —les replicó Omirp.

—Queremos que se echen atrás. Yo incluiría trescientas treinta y siete espadas y trescientos cuarenta y siete escudos de su mejor acero —propuso el consejero de guerra.

—No tiene que ser algo justo —pensó en voz alta Omirp—. De acuerdo, mandad el mensaje.

Omirp salió de la sala y fue a la búsqueda de sus hijos, quería prevenirlos. Le dijeron que los encontraría a la entrada del laberinto de las trescientas cincuenta y nueve puertas. Así llamaban cariñosamente al enredo de pasillos y arcos formados por setos que había en uno de los laterales de los jardines de palacio, sin saber si alguien se había parado a contar alguna vez. Les comentó lo que había hablado con sus consejeros y se dispuso a hablar seriamente con ellos: —Hijos, ya tenéis edad para aportar ideas también ¿Se os ocurre algo que añadir?

—Padre —dijo el mayor— ¿Cuál fue tu dote cuando te casaste con madre?

—Es justo que puedas comparar. Trescientas ochenta y nueve monedas de plata y setecientas una espadas y lanzas fabricadas por los mejores armeros del padre de tu madre.

—Entiendo. No conozco a la princesa. Tal vez si eso cambiase podríamos ser felices.

—Se trata de un tema estratégico, hijo. Su reino sólo tiene setecientas nueve millas cuadradas de extensión. Hay mejores países para unirnos. Piensa siempre en formar un imperio grande. La felicidad vendrá después como la mía con vuestra madre. Seguid jugando.

La respuesta del país vecino llegó más rápido. Una paloma mensajera trajo un escueto mensaje que rezaba: —Omirp. No dudo de que amas a tu hijo mayor, como tampoco dudo que no quieres que se una a mi hija, usurero. Habrá guerra. Te espero en la frontera.

Lo siguientes días fueron de locos. Omirp pudo reunir a setecientos treinta y tres hombres para la lucha contando caballeros, arqueros e infantería. Pensaba que sería suficiente. Tenía que ser suficiente. Empezaron el camino hacia la frontera y la zona de batalla. A las diecinueve horas del trigésimo día acabaron de montar el campamento de batalla y Omirp puso a su ejército en formación de guerra. El rey vecino mandó emisarios para avisarle de que querían parlamentar. Omirp cabalgó con su consejero de guerra hasta el centro de la gran planicie que separaba a los ejércitos donde aguardaba su enemigo con su familiar. Por el camino hizo sus cálculos, el bando enemigo se había nutrido de hombres de regiones vecinas por las banderas que podía ver y la balanza de poder estaba equilibrada.

—Acércate, Omirp. Tras de mí setecientos cuarenta y tres hombres dispuestos a dar su vida por defender la mía a mi orden. Creo que estamos bastante igualados.

—He puesto mis condiciones y si no las cumples, habrá batalla —amenazó Omirp.

—No hemos venido aquí para nada.

—Sea cual sea el resultado, me encargaré que no superes el día de hoy.

Los dos monarcas volvieron a sus filas. Omirp hizo que se adelantasen los arqueros y lanzasen sus primeras salvas de flechas. Algunas hicieron blanco a lo que el enemigo respondió lanzando a la carga la infantería. Omirp hizo retirarse a los arqueros a los lados e hizo cargar a su infantería también. El estruendo de los gritos de batalla era ensordecedor y en el momento que setecientos cincuenta y una lanzas y espadas chocaron en mitad del campo de batalla se oyeron a varias millas. La batalla entre los soldados de ambos bandos fue cruenta y pronto se empezaron a acumular las bajas para los dos. Omirp preparó a su caballería y la lanzó al galope por los flancos de la lucha central. Quería que acabasen con los arqueros para luego unirse a sus compatriotas en el centro. El enemigo dio la orden a sus caballeros de ayudar a su infantería. Cuando ya las bajas ascendían a setecientos sesenta y

una, contando las de los dos bandos, el enemigo tocó una corneta y levantó una bandera blanca. Hizo retirar a lo que quedaba de su caballería e infantería, no les quedaban arqueros.

El ejercito diezmado de Omirp también se replegó y empezaron a lanzar vítores. Las fuerzas del enemigo partieron sin mediar palabra de vuelta a su país.

—Déjelos partir, majestad. No merece la pena seguirlos —dijo el consejero de guerra.

—Estoy de acuerdo. Encárgate de que se curen a los heridos y dad sepultura a los fallecidos.

Mañana volveremos a palacio cuando todo esté listo —ordenó Omirp—. Quiero que se hagan canciones sobre esta gesta. Cómo la independencia de Modrolinpa no fue dañada.

La batalla se recordó durante setecientos sesenta y nueve años y aún hoy se cuenta.